

quedaba á Vaudrey y lo único que podía salvarlo. Fortuna que, si no colosal, era ciertamente muy respetable y sólida. Pero aunque se viese acosado por la deuda, comprometido, á punto de quedar en descubierto, ¿podía hacer Vaudrey que su mujer pagase las deudas contraídas por su querida? Él mismo se indignaba de pensarlo. Era imposible.

Vaudrey sentía que se le iba la cabeza, como vulgarmente se dice ahora; que se veía humillado por su doble derrota: la desconfianza del Parlamento y la risa insultante de Mariana; y en medio de la inquietud que le producía la necesidad de pagar aquella deuda dentro de un plazo de cinco días, se le ocurrió escribir á Gochard pidiéndole una prórroga. El tal Gochard debía ser un usurero, y seguro de que algún día había de cobrar, tal vez le gustase renovar el *pagaré* aumentando los réditos. Vaudrey echó la carta al correo interior, á la mañana siguiente.

Aquella misma noche debía emprender Adriana su viaje. Él procuró hacerla desistir. Ella ni siquiera le contestó, sin apartar la vista de un magnífico jarrón de porcelana colocado encima de la chimenea y lleno de flores de invierno que le habían enviado desde Grenoble, como recuerdo de su

páís y de aquella casa donde tan feliz había sido durante su luna de miel.

—¿De modo—le dijo Vaudrey—que es cosa decidida, enteramente decidida? ¿Te marchas?

—Sí.

—¿Dentro de tres horas?

—¡Dentro de tres horas!

—Sí, donde han cogido esas flores—le dijo Sulpicio con acento cariñoso. Al pie de la ventana donde tantas veces nos hemos visto.

—Sí—dijo Adriana con voz conmovida.—¡Entonces soñábamos, nos hacíamos dulces ilusiones! ¡La realidad las ha destrozado todas!

—¡Adriana!—murmuró él.

Ella no contestó.

Él trató de acercarse á su esposa, avergonzándose al recordar que del mismo modo había tratado de abrazar á Mariana.

La joven retrocedió instintivamente.

—¿Recordáis que un día que hablábamos del divorcio os dije que había un medio muy sencillo de divorciarse, que era el de no volverse á ver jamás, el de no ser nada el uno para el otro desde el día mismo en que se perdiese la confianza y el cariño? Pues bien, me habéis engañado, y todo ha terminado entre los dos. ¡Para vos soy una extra-

ña! Si fuese madre, tendría deberes que cumplir y no faltaría á ellos. ¡Por un hijo hubiese soportado todo lo que hubiera que soportar!..... Pero no los tengo, y me veo privada hasta de la alegría de besar á un hijo que me consuele. Soy viuda, á pesar de no haber muerto mi marido. ¡Puesto que vos lo habéis querido, ahí tenéis el divorcio!

Era la tercera vez, desde que Adriana lo había descubierto todo, que estuvo á punto de pronunciar la palabra *perdón*. Pero comprendió que sería inútil. Aquella sensitiva se había cerrado, envolviéndose como si fuese con un tupido velo, en su pecho ofendido. Vaudrey no podía hacer más que humillarse inútilmente, porque no lograría enternecerla. Toda la fe perdida, todo el amor insultado de Adriana, se traducía en una resistencia terrible que no le permitiría ni olvidar ni perdonar.

Estaba resuelta á marcharse.

Vaudrey entró desesperado en su despacho, donde se veían apilados los libros que habían llevado desde el Ministerio, dando á la habitación el aspecto que tendría en momentos de mudanza. El criado que le entró el quinqué entrególe una multitud de cartas y tarjetas de pésame, como si se tratase de un duelo, y enseñándole una tarjeta que llevaba aparte, le dijo:

—Este caballero está ahí.

—¡Molina!—dijo Vaudrey poniéndose muy pálido.—¡Que entre!

El cetáceo de Salomón entró riendo y dando resoplidos, é instalándose cómodamente en una butaca dijo al ex Ministro:

—¿Qué tal va?..... Supongo que no estaréis muy abatido ¿eh?..... ¿Qué importa salir del Ministerio?..... A veces es el medio de volver á entrar pronto.....

—La verdad es—continuó sonriendo groseramente—que cambiamos demasiado á menudo de Ministros. ¡Casi casi como de camisas! A mí me fastidia, porque cuando me voy acostumbrando á uno, me le confiscan. ¡Así es que en lo sucesivo no pienso aficionarme á ninguno!

Y acompañó con otra carcajada aquella insolencia de mal gusto. Luego, variando de tono,

—Pero no venía solamente á esto, sino también á hablaros de negocios—dijo.

Y miró frente á frente á Vaudrey, sacó un papel impreso de su cartera y añadió:

—Ahí tenéis una ocasión en que vuestro título de ex Ministro os servirá mejor que el de Ministro. Se habla mucho de la Argelia, de sus minas y de sus bosques. Pues bien, leed esto.

Vaudrey cogió el papel. Era el prospecto, muy hábilmente redactado, de una asociación que se constituía para explotar el gas en la Argelia hasta cerca de la región del Sahara. Prometíase á los suscritores y accionistas el oro y el moro: hectáreas enteras de tierra. Una fortuna en pocos meses. Entretanto se emitían seis mil acciones de quinientos francos. Se pedían al público tres millones. Una friolera.

—Y se le podían pedir diez—decía Molina riendo—y los daría.

—¿Y queréis que me suscriba á vuestra empresa de gas argelino?—preguntó Vaudrey.

El gran Molina se echó á reír otra vez.

—¿Yo? lo que quiero es sencillamente proporcionaros la ocasión de hacer fortuna.

—¿Cómo?

—Este es un negocio. ¡Os proporcionaré otro, y cinco, y diez! Tengo otra sociedad para explotar la hulla del Luxemburgo. Minas que son tan buenas ó mejores que las de Charleroi. Y vos por vuestra parte no tenéis más que autorizarme para que figure vuestro nombre en el Consejo de Administración: Sulpicio Vaudrey, ex Presidente del Consejo de Ministros y ex Ministro de la Gobernación.

Vaudrey miró cara á cara al agiotista.

—¡Iréis en buena compañía!—dijo el banquero, leyendo á Sulpicio nombres de diputados, de senadores, de estadistas.

Sulpicio conocía á la mayoría de ellos.

Y los despreciaba á casi todos. Y eso era lo que Molina llamaba *buen compañía*.

—¿Y estáis seguro de que esas minas producirán lo que prometéis á los accionistas?

—¡Ah!—contestó Salomón—¡eso es cuenta de los ingenieros! Aquí tenéis el informe de un ingeniero de minas que indudablemente da algo de bombo; pero, amigo mío, ¡en la guerra como en la guerra! ¡Quien no se arriesga no pasa la mar! En la guerra se arriesga el pellejo, y en los negocios se arriesga el dinero. Esa es la diferencia.

Vaudrey estaba pensando en romper el prospecto y en tirar los pedazos de papel á la cara de aquel hombre gordo y cínico.

—Mi querido Vaudrey—dijo Molina—tenéis un filón, y un filón bueno que es exclusivamente vuestro. Un ex Ministro y ex Presidente del Consejo es siempre un personaje. Pues, amigo, ese título se cotiza siempre como cualquier otro valor. No sois rico, y eso prueba vuestra honradez, si bien en América, y la verdad es que nos vamos

americanizando cada vez más, eso probaría vuestra tontería. Podéis haceros rico, puesto que se me presenta ocasión de auxiliaros, y á vos ocasión de seros útil.

—En una palabra: que me compráis mi nombre.

—¡Os lo alquilo! y á precio muy bueno—contestó Molina, sonriendo como siempre.

—Decididamente—dijo Vaudrey—no me comprendisteis cuando me hablasteis de dinero la primera vez, y no advertisteis, por lo tanto, que estuve á punto de deciros que si volvíais á mi casa.....

Molina le interrumpió vivamente levantándose de pronto, porque comprendió que iba á recibir una injuria mayor aún. Trató de parar el golpe anticipándose á él.

—¡Qué tonterías!—dijo.—Ahí está el prospecto, ahí está la lista de los individuos que componen el Consejo de Administración. Ya reflexionaréis. A nadie le viene mal sacar el partido posible de su posición. Los puritanos, en estos tiempos, son unos tontos. Hacedme caso á mí que tengo gran experiencia de la vida. ¡Os parece asombroso lo que os propongo, eso de que pongáis vuestro nombre en un cartel ó en un prospecto al lado del del señor Picherau ó del de Numa de Baranville! Pues

es lo más sencillo del mundo. ¿Creéis que seréis el primero que acepte estos ofrecimientos? Pues todos hacen lo mismo. Todos los que saben vivir. ¡Pues no faltaba más que hacerle ascos al dinero en los tiempos que corren! ¡Bah! ¡el señor de Montyon, ahí tenéis: apuesto á que Montyon no se haría rogar dos veces!

—¿Estáis seguro?—dijo Vaudrey, que se había puesto muy pálido.

—¡Ah! ¡de eso y de otras muchas cosas que os llamarían más la atención! Este es un negocio como otro cualquiera, y tengo otros que proporcionaros, si los queréis, según ya os he dicho antes. Todo esto por el solo trabajo de autorizar esos negocios con vuestra participación como consejero administrativo. Cuando queráis os abriré cuenta corriente señalándoos un crédito de doscientos mil francos. Luego ya liquidaremos cuando queráis.

—Os dejo ahí esa profesión de fe—añadió Molina señalando el prospecto que Vaudrey había puesto sobre su mesa.—¡No temáis! No miente más que otra cualquiera profesión de fe. No os molestéis en salir á acompañarme. ¡Hasta la vista!

Y desapareció bruscamente, dejando oír á Vaudrey el crujido del piso de la antesala bajo el peso

enorme de su corpulenta persona; y aquel caballero, aquel pobre Sulpicio que se había forjado tantos y tan hermosos sueños, sueños de libertad, de regeneración cívica, de virtud, de mejoramiento de las costumbres nacionales y de los caracteres, la santidad del hogar doméstico, la educación de las conciencias; aquel Vaudrey, rebajado por las exigencias de la sociedad, comprometido por sus vicios, se encontraba allí anonadado, á la melancólica luz del quinqué de su despacho, mirando como quien mira al fondo de un abismo y siente el vértigo que va á precipitarlo en él, aquel papel impreso que llamaba suscritores, dando bombos desconsiderados á un negocio para engañar al vulgo, que nunca escarmienta y que se deja engañar siempre por cualquiera.

¡Su nombre! ¡poner su nombre, ese apellido que Vaudrey había soñado con ver impreso al pie de multitud de leyes saludables, eternas y reformadoras, ponerlo al pie de aquel documento, debajo de otros apellidos de agiotistas y vividores que explotaban la credulidad y los bolsillos de la gente cándida! ¡Hacer eso! ¡rebajarse hasta tal punto!

¿Prestarse?

—¡No, venderse!—exclamaba.

¿Y cómo no venderse? ¿Quién pagaría la deuda? ¡El pagaré de Grochard! ¡La deuda del pasado! ¡El precio de las noches de placer gastadas en el lecho de Mariana Kayser! ¡Los cien mil francos que le costaban los besos de una cortesana!

Sulpicio veía que le iba faltando la sangre fría á consecuencia de un abatimiento que aumentaba á medida que aumentaba la fiebre que se había apoderado de él. Todas las ideas chocaban entre sí y confusamente, dentro de su cerebro. En medio de aquel caos no le quedaba más que una percepción real y definida: necesitaba buscar ciento sesenta mil francos. ¿Dónde encontrarlos? ¿Dónde? En casa de Molina que le ofrecía doscientos mil. ¡Aquel crédito abierto se le presentaba á Vaudrey como un saco donde no tuviera más que meter las manos para sacar dinero! La voz gruesa y burlesca del banquero judío repercutía en los oídos de Sulpicio diciendo: «¡Lo hacen todos!» No era cosa tan difícil dar su nombre, alquilarle, como decía Salomón. ¿Quién había de fijarse en ello, en unos tiempos en que el indiferentismo pasa sobre los escándalos y los borra como el agua de la mar arrastra las basuras que hay en la playa?

—¡Todos hacen lo mismo!

No; á pesar de la ironía, de las palabras escép-

ticas del banquero judío, hay conciencias que se resisten; por otra parte, ¿no había cometido otras faltas que repugnaban á su conciencia? ¿No se había dejado infiltrar el veneno de las costumbres hasta la médula de los huesos? ¿No lo había rebajado hasta lo que no es decible una infame como Mariana, en la cual aun pensaba en aquel momento con apetitos desenfrenados de caricias ardientes? ¡Ah! ¡las mujeres! ¡la mujer! Sí, sí, la mujer era el gran agente del rebajamiento y de la anemia moral. Hacía política á su modo, aniquilando á los hombres políticos. Y gracias si había podido él abandonar el Ministerio con la frente alta y sin que nadie pudiese echarle en cara una mala acción. Pero el pagaré, ¿quién satisfaría aquella deuda?

—¿Quién? ¡pues Molina, qué diablos! ¡Molina! ¡Molina!

Tenía razón aquel maldito judío afortunado. Es una ridiculez, después de todo, estar hambriento y rechazar el plato que á uno se le ofrece. ¡Ser rico; ésa es la cosa! Pues qué, ¿no es eso mejor que ser Ministro? ¡El dinero queda! ¡es lo único que hay en el mundo que sea verdadero y positivo! ¡Pues tendría que ver que se le ofreciese á uno la ocasión de hacerse rico y que la rechazase! ¿Y por qué? ¡Por ridículos escrúpulos de concien-

cia! Después de todo, los negocios eran la base de toda la vida moderna. El tal Molina era tan útil á la sociedad removiendo capitales, como otros removiendo ideas.

—¡Su empresa de gas en Argelia es una obra tan civilizadora como otra cualquiera!

Y poco á poco, impulsado por la necesidad imperiosa de pagar aquella deuda que le ahogaba como un nudo corredizo, Sulpicio Vaudrey llegaba á formular razonamientos sofisticos, que son como las capitulaciones ante la propia honradez, los cobardes acomodamientos con la propia conciencia. ¿Su nombre? Puesto que valía dinero, lo debía vender. El periodista que vende su pluma, el artista que vende su inspiración, el escritor que vende sus sensaciones y sus recuerdos, también venden su nombre, y la carne de su carne por dinero. Cierto que veía como una respuesta y como un remordimiento el arrugado rostro y los blancos bigotes de Ramel sentado junto al balcón de su casita de la calle Boursault; pero en seguida se contestaba hablando en voz alta:

—Y bien ¿qué?.... Ramel es un santo, un héroe.... ¡Yo no soy ni una cosa ni otra, sino un hombre que quiere vivir!

Cogió con rabia el prospecto que le había de-

jado allí Molina, y leyéndolo y releyéndolo, dejóse caer sobre el sillón de su despacho, buscando con la vista entre los renglones de aquel anuncio industrial un pretexto para fundar su aceptación. Porque aceptaba decididamente. Estaba todo dicho. Su conciencia cedía. Tenía ganas de reír.

—¡Otra víctima de ese cetáceo!

Permaneció un rato inmóvil y asustado ante aquella semisociedad, ante aquella complicidad suya con un agiotista de malos negocios.

Y con la vista fija en aquel llamamiento al dinero ajeno, en que otras veces le hubieran repugnado las palabras: *Sociedad anónima, capital social, suscripción pública*, y á la cabeza del cual, en la lista de consejeros de administración, iba á inscribir su nombre como al pie de una capitulación vergonzosa, Sulpicio no pudo ver que en la puerta del despacho, que estaba casi á oscuras, se detuvo un momento en traje de viaje una mujer, quien sin duda quiso contemplar á aquel desventurado que con la cabeza inclinada aparecía á la luz del quinqué más calvo de lo que era.

Adriana, porque era ella, se acercó con lentitud á él y tosió ligeramente, porque no se atrevía á pronunciar su nombre, para que supiese que estaba allí.

Vaudrey volvióse de pronto, retirando, como por instinto, el prospecto de Molina, y como si ya le diese vergüenza tomarlo en la mano.

Al ver á su esposa se puso colorado.

En la fría actitud de la joven se veía una resolución decidida y firmísima. Iba á despedirse. Se marchaba.

Vaudrey no tuvo ni siquiera energía para detenerla.

Temió una respuesta inflexible que resultara un ultraje.

—¿Váis á aceptar lo que os ha propuesto Molina?—preguntó Adriana con voz clara, mirando á Sulpicio que se había levantado del sillón.

—¿Cómo Molina?—balbuceó él.

—Sí. ¡Oh! conoce los negocios. Al marcharse ha entrado á verme creyendo que aun tenía yo bastante influencia sobre mi marido para aconsejaros que hicieseis, como él dice, vuestra fortuna. Me ha dicho que teníais necesidad de dinero, y después de haber tenido la habilidad de tentar al marido, me ha ofrecido, como quien se lo ofrece á una cortesana, un aderezo de esmeraldas si os aconsejaba que aceptaseis sus ofrecimientos..... Ese caballero no sabe con quién trata.

—¡Miserable!—gritó Vaudrey.—¿Ha hecho eso?

—Y le he dado las gracias—contestó Adriana con frialdad.—Ignoraba yo que tuvieseis deudas, y que para pagarlas os vierais en el caso de aceptar la protección de un canalla como él. Me lo ha dicho creyendo sin duda hacerme un favor y á vos otro.

—¿A mí?

Vaudrey había cogido bruscamente el prospecto de Molina y lo rompió con rabia.

—Probablemente no nos volveremos á ver jamás—continuó Adriana con una voz seca y agria que contrastaba extraordinariamente con su aspecto dulce y simpático;—pero no olvidaré nunca que llevo vuestro apellido, y ese apellido, que es el mío, lo quiero siempre honrado.

En seguida entregó un papel á Sulpicio.

—Aquí tenéis un poder en forma, para que dispongáis como gustéis de mi dote, á fin de que tengáis todo lo que os haga falta para regeneraros y salir de ciertos compromisos. No quiero saber por qué ni cómo habéis contraído deudas; lo que quiero es saber que las habéis pagado, y mi firma al pie de ese documento os da los medios para conseguirlo.

Oprimido, con el corazón palpitante, sintiendo que los sollozos le subían á la garganta, Sulpicio

dió un grito, y precipitándose hacia ella, exclamó:

—¡Adriana!

Ella retiró su mano lentamente, mientras Vaudrey procuraba cogérsela.

—No tenéis por qué darme gracias—dijo Adriana.—Soy un socio que salva como puede el honor de la casa. Mejor es esa asociación que la de Molina.

—Adiós—añadió en seguida.

—¿Os váis?..... ¿Te vas?.....—dijo Sulpicio, procurando dar á su súplica el eco del amor pasado.

—¿Quién tiene la culpa?—replicó la joven inflexible y cruel.

Ya no era la Adriana de otras veces, aquella provinciana cándida, de mejillas coloradas y aspecto débil. El dolor, la más horrible de las desilusiones la había petrificado. Vaudrey comprendía que pedirle perdón era en vano. Solamente el tiempo podría enternecer á aquella pobre mujer que voluntariamente se condenaba á su vez á un tormento espantoso. La actitud y el tono con que hablaba Adriana lo decían bien á las claras.

—Está convenido—dijo luego tratando aquella cuestión de felicidad como hubiese cortado las fibras más sensibles de su ser, pero sin temblar,

con la sangre fría de un cirujano consumado— está convenido, ¿no es verdad? que no demos escándalo. No estamos separados judicialmente ni siquiera separados en la apariencia. Por nuestra voluntad vivimos lejos uno de otro, sin que nadie sepa nada de esta ruptura completa, absoluta.

—¡Adriana—repitió Sulpicio—es imposible que te vayas!

—¡Oh!—contestó ella. Me había entregado á tí, y ahora me retiro de tí. Vuestras súplicas no modificarán en nada mi resolución inquebrantable. Tengo verdadero deseo de salir de París. Me parece que de ese modo me regenero, huyendo de la falsedad, de la mentira, de la infamia. ¡Os he dicho adiós, y es un adiós de verdad!

—Pues bien, sea—exclamó Vaudrey.—Marchaos; pero si la que se va es una extraña, no puedo aceptar nada de ella. Ahí tenéis el poder. Llevaoslo.

—¿Yo? no me lo llevaré. Si queréis que sea digna del nombre que me habéis dado, conservadlo honrado, al menos públicamente, puesto que engañar á una mujer, burlarse de su amor é insultarla, no deshonor. Dejadme el privilegio que reclamo para mí. No quiero que el que ha sido mi marido descienda hasta hacerse el socio de las infamias de un ente como Molina. Ya me habéis ultrajado bas-

tante para que queráis ahora hacerme esta otra afrenta. ¡Por última vez, adiós!

Y salió del despacho; él dejó que se marchara, anonadado ante el cadáver de su felicidad. Ella huyó, y él dejó que bajase la escalera seguida por su doncella. Adriana tomó un coche de alquiler que la esperaba en la puerta, y él, como ya no tenía esperanzas, no tuvo valor para lanzarse en pos de aquel carruaje, que oyó, en medio del ruido de la calle, alejarse rápidamente.

—¡Ah! ¡qué miserable he sido!—dijo, dándose un puñetazo en la rodilla. ¡Qué desgraciado soy! ¡Adriana!

Y levantándose de pronto como movido por un resorte, dió un salto hasta el balcón, que abrió de par en par, á pesar del frío terrible de aquella noche de Noviembre. Con la vista procuró adivinar cuál de aquellos infinitos coches que pasaban por la calle con sus farolillos encendidos era el que conducía á Adriana.

Creyó haber dado con él al ver uno que ya iba muy lejos, muy de prisa y cargado de maletas.

Apoyóse en la barandilla del balcón y como el náufrago que ve alejarse la barquilla en que creyó salvarse, llamó, dando un grito espantoso que re-

sonó en medio del estruendo que reinaba en la Calzada de Antín.

—¡Adriana! Adriana!!

¡Nada! El cochecillo había desaparecido á lo lejos, entre la niebla.

Sulpicio permaneció un momento en el mismo sitio, atraído por el ruido de la calle. Si cualquiera lo hubiera empujado estrellándolo contra las losas de la acera, se hubiera alegrado. Parecíale que en torno suyo no quedaba más que el vacío y que á sus pies no había más que un abismo donde se agitaban confusamente muchos desconocidos que nada tenían que ver con su vida.

Aquel aislamiento le dió miedo. Bajó á la calle, apresuradamente se metió en un coche é hizo que lo llevasen á la estación del ferrocarril, para ver si encontraba á Adriana.

—¡De prisa, de prisa! ¡lo más de prisa posible!

El cochero fustigaba los caballos, los vidrios del carruaje sonaban produciendo el ruido de la metralla.

Vaudrey llegó tarde. Hacía veinte minutos que había salido el tren. Había estado demasiado tiempo asomado al balcón.

—Además—se dijo—no me hubiera perdonado de ningún modo. Y no olvidará jamás.

Acurrucada en un vagón del tren que la llevaba, cerrando los ojos, viendo todo su pasado que ahora le parecía un sarcasmo cruel, Adriana, sacudida por el movimiento del coche, que aumentaba su fiebre, sentía que el pecho se le hinchaba, y llamaba á sí todas sus fuerzas para no echarse á llorar y publicar su dolor terrible. Se llevaba á su país las flores que le habían enviado de Grenoble, ya marchitas, y en aquel momento, en la confusión de ideas que cruzaban su mente, veía el pálido semblante de Lissac y le parecía estar oyendo aquellas palabras que la dijo Guy al oído: «*Porque sois una mujer honrada es por lo que os amo.*»

—¡Una mujer honrada! Pues amo lo mismo que las demás—murmuró, pensando en aquel Vaudrey á quien ya no volvería á ver y á quien ya no amaba.

—Sí, ya soy viuda; y una viuda que no amará á nadie más, ni se casará segunda vez.

VIII.

Vaudrey se había quedado solo en París, como un cuerpo sin alma, perdido, atormentado por el tedio, triste con sus amargos recuerdos, ante la in-